



### Lucio Aquino: la búsqueda de una nueva verosimilitud Fernando Colmán

«Puede avanzar, porque va por el misterio» —Igitur.  
Sollers, P. (1992) *La escritura y la experiencia de los límites*.

No lo conozco, ni siquiera su rostro. Conozco a Lucio por el encuentro ante una *sombra espectral* en una obra suya expuesta en *Y rembe'y: Los labios del agua* en el 2016. Me dejé invitar por ese viaje o esa escena de *Caronte* que me llevó a preguntarme por él: *¿Quién es? ¿De dónde proviene?*, y embestir necesariamente en textos en los que se lo considera, por ejemplo, un *artista danzante*, quien despliega su obra como un programa a ser desarrollado, *el que danzaba con pinceles* (Escobar, 2013). Lucio, un artista que se formó en generaciones pasadas, dicen, en los 70, caacupeño, prolífico, generoso. La poca información y rastro sobre él habla más de la distancia y, sus palabras, en parte, hacen sentir como si lo conociera sin haber escuchado nunca su voz ni haber visto su cuerpo moverse; me detengo en el concepto de pintura *patafísica*, la mirilla en la cual se entrevé la imaginación, el absurdo, lo grotesco, el cinismo o la excepción.

Si Flaubert decía que, si miramos por mucho tiempo algo, su rareza termina descubriéndonos el mundo, yo quedo-intento-anhelo, *ver más*, escurrir ese velo que me ubica en mi condición limitada. (Mascaró M. y Ruarte, F. s.f)

Arrojo a la pared del argumento trazas y cargas de sentido *barroso* a ver si así, como si de una pared se tratara, alguna quede fijada en el poro del infranqueable pliegue onírico de Lucio. Puedo aprehender siquiera, aquella sensación innumerable que vi desde su barca, ponerle nombre, que me muestre al menos los dientes. Lucio se esquivo, es él o es algo que se mueve, el agua me lleva a la orilla junto al *Gallo Azul* (Almada, 2007), ese arquetipo onírico, ese silvestre animal presente en toda siesta paraguaya que pareciera despuntar simbólicamente el alba o traducir aquello que,

como música, nos lleva al ocaso de la llanura borgiana, que en algún momento intentara decirnos *algo*.

Observo a Lucio o intento hacerlo, su obra ya no solo *lacanianamente* me observa (Martínez Gueyraud, 2021); me sostengo descalzo sobre argumentos. Me aferro a la observación *heurística*, lo llamo: Lucio, Lucio, Lucio. Cada letanía, lleva una interrogante.

Brotan argumentos, el de Gilbert Durand (Alesso, M. 2014) en parte, en el que las imágenes de Lucio, el pensamiento imaginario a la vez, manifiestan el *anthropos*; me empujan a intentar observar por la mirilla de las entidades imaginarias, del prontuario de trazos, pentimentos y pulsiones. Ese ejercicio arriesgado puede hacernos caer en el tejido mismo en el cual el ser humano entreteje la cultura. La(s) imagen(es) de Lucio, no se reduce(n) a signos meramente; *nos hablan*, nos orientan a capturar la otredad. A tocar el mechón de Kairós.

*El río se abre en dos vetas de sentido y tiembla antes de su afronta al mar.*



En un primer momento, la barca de Lucio nos lleva a la descripción de elementos, identificables, vemos rostros sin mirada, ángeles caídos de un no sé dónde, cuerpos a lo *De Chirico*, desarmados, colores, trazos, *comunidades imaginadas*, el tiempo pareciera volvernós. Notamos que el trazo del pigmento es el óleo, que la pintura respiró aires más espesos que los nuestros, que antes que representar solo cortes enteras, este material casi *protagóricamente*, aún permanece vigente como átomo para representar al sueño.

En otro punto, la relación *presencia-ausencia*, la obsesión ontológicamente morbosa de Belting (2004) y la insistencia melancólica de Escobar (2016) al referirse sobre aquello que *falta*, aferrarnos a cuanto artista que ya pasó y estuvo, a apropiarnos de sus símbolos, arrinconarlos y pedirles que nos cuenten un secreto. En buscar llenar paredes completas de argumentos, de seguir arrojando más barro al muro del sentido,

o lanzarle flechas a una luna mientras la hora de la *ensoñación del artista* se acaba. Y el gallo prepara el despunte.



Es en medio de ese tejido de *anthropos* de esa capacidad de *índex* (Gell, 1993) de las obras de Lucio, que las mismas hacen emerger su condición contestataria y de persistencia. La mirada y la imagen, desde Aristóteles (Giori, 2022), han sido siempre amenazadas, ora por el mercado, ora por la banalización de la realidad, la información soluble, las *fake news*; al abismo al que parece conducirnos la barca de Caronte, el *futuro que llegó hace rato*, la inteligencia artificial y sus correspondientes desplazamientos, sesgos y pujas. Que se erige ante lo que preserva el arte contemporáneo y su capacidad de custodiar el misterio, elemento inasible en Lucio. Pues el arte, sostiene Escobar (2014) “tiene esa aptitud de trastornar secuencias cronológicas e identificar potencias que sobreviven en un momento ya acaecido”, y ninguna tecnología ha podido aún suplantar al enigma hacia la búsqueda de una nueva verosimilitud. Me digo estas y otras palabras nombrando a Lucio, sin conocerlo, siendo tripulante de su barca, mientras el viaje avanza.